

pero no absurda; lo que origina la relativa frustración de su intento es, de un lado, el exceso de parcialidad; de otro, (con un defecto ya típico de la "novela social" de izquierda anterior a la guerra), que la primacía de lo histórico y colectivo deja demasiado en sombra la sustantividad humana de cada persona concreta; los seres humanos aparecen así como fantoches y comparsas de escenarios cuyo aspecto es heroico o bufo según el ángulo de visión del lector.

Con estas limitaciones, los libros de G. Serrano, escritos fresca y vigorosamente, nos parecen de una autenticidad y de un coraje moral poco comunes, y, en su misma parcialidad manifiesta, no paliada, altamente representativos.

Pocos, entre los críticos, y menos aún proporcionalmente, entre los simples lectores, regatearán uno de los puestos claves de la novelística actual al gerundense José María Gironella, al menos después de aparecido el primer volumen de su ambiciosísima trilogía sobre la guerra española, *Los cipreses creen en Dios* (1953) que es, según parece, en cuanto a su difusión, tanto en España como fuera, el mayor éxito de librería de la novela española durante los últimos veinte años.

Puede, no obstante, inducir a error el hecho de que, habiendo tratado Gironella, según explícitas y reiteradas declaraciones, de replicar a algunos famosos novelistas extranjeros (notoriamente Hemingway y Malraux) que dieron, a su juicio, una versión parcial y deformada de las cosas; y necesitando, a su vez, un amplio sector del público nacional (y de fuera) una interpretación de los hechos que oponer, no sólo a la de los extranjeros aludidos, sino también, y acaso principalmente, a las de los novelistas españoles del campo republicano; pueden decimos, inducir a error, junto a las circunstancias citadas, la naturaleza del tema tratado, y la especial



versión ético-religiosa del mismo (patente desde el título de la obra), siendo todo esto lo que, por arriba de su valor, haya favorecido tal éxito (como, en parte, sucedió, durante la guerra mundial, con Barea).

La posibilidad de error es aquí, sin embargo, de doble filo, pues tan fácil resulta, dejándose llevar por el implícito juicio multitudinario que refleja el éxito, afirmar que se trata de "la novela más importante de los últimos 20 años" (lo cual no es cierto), como, apurando la conveniente reserva hasta una reticencia extrema, acentuar el valor de obras de menor entidad pero estéticamente más "puras", comparando desventajosamente *Los cipreses*, incluso, a libros anteriores del mismo autor (como también se ha hecho, con evidente injusticia).

Si, en efecto, cabe comparar *Un hombre y La Marea* a *Los cipreses*, es como culminación de una larga reflexión moral del escritor, que pasa del escepticismo desarraigado y casi cínico de su pri-

mer libro a la negación, al frenazo en seco del segundo, para desembocar en esa especie de romanticismo religioso que constituye la sustancia misma de *Los cipreses*. Pues Gironella en esta obra vacila claramente, mientras intenta reconstruir la vida española de la preguerra, entre encarnar en ella con imparcialidad los datos suministrados por la realidad histórico-social objetiva (y así el "documento novelesco" está a veces a punto de serlo, con áspero rigor, del cruento y brutal episodio de lucha de clases e intereses que se bosqueja en la progresiva toma de conciencia política de los diversos grupos); vacila entre eso, y hacer que los personajes de primer plano asuman, por el contrario, la representación del debate ideológico-religioso entre creyentes, escépticos, y portaestandartes de un nuevo misticismo ateo que, a los ojos del autor, parece esencialmente constituir la premisa decisiva de la inminente lucha armada.

En esta alternativa que la obra de Gironella nos plantea podemos ver el resumen, la síntesis esquemática, de lo que las novelas de ambos campos nos revelan, con más o menos calidades literarias, clarividencia ideológica y elevación humana: la guerra española, lucha de pobres contra ricos, de liberales contra dogmáticos totalitarios, según los republicanos; cruzada de creyentes contra ateos, de patriotas contra internacionistas, a ojos de los nacionales.

Para volver a Gironella, digamos cómo esta misma vacilación en cierto modo, le hace honor, y muestra lo arriesgado y difícil de su intento de objetivación de la verdad. Sólo la anunciada prosecución de su obra, su testimonio de la guerra en sí, y de sus efectos inmediatos (materia de los dos volúmenes pendientes) podrá indicarnos hacia donde se inclina, finalmente, su juicio; así como el carácter (más bien histórico, o más bien novelesco) de su extraordinaria tentativa.

BEAUMARCHAIS POR ÉL MISMO

ALEGREMENTE —y hasta con bonhomía— he tenido numerosos enemigos; y, sin embargo, jamás he cruzado o recorrido el camino de nadie. A fuerza de razonamientos he llegado a encontrar la causa de tantas enemistades. Sí, ésta debe ser, sin duda.

En mi loca juventud toqué todos los instrumentos; mas yo no pertenecía a grupo alguno de músicos, y las gentes del arte me detestaban.

Inventé algunas máquinas; pero yo no figuraba entre el gremio de mecánicos y ahí se hablaba muy mal de mí.

Hacía versos, canciones, mas, ¿quién me reconocía como poeta? Yo era hijo de un relojero.

Sin amar las sutilezas hice piezas teatrales; y decían: ¿Por qué se mete entre nosotros? No es un autor puesto que es dueño de negocios inmensos y muchísimas empresas.

Sin encontrar quien me defendiera, imprimí extensas memorias para ganar ciertos procesos atroces; pero alegaban: Observad que no están redactadas a la manera de nuestros abogados. ¿Basta con que un hombre de esa calaña pruebe que tiene razón? Inde irae.

Tuve tratos con ministros acerca de numerosos puntos de reforma en nuestras finanzas; mas insistían: ¿Por qué se mete? Ese hombre no tiene nada que ver con las finanzas.

Luchando contra todos los poderes, logré revivir el arte de la impresión en Francia gracias a las extraordinarias ediciones de Voltaire. Logré derrotar simultáneamente a tres o cuatro papeleros sin saber nada de la manufactura del papel; los fabricantes y los comerciantes se volvieron mis enemigos.

Fui comerciante en las cuatro partes del mundo; nunca me declararon comerciante. Tuve cuarenta navas al mismo

tiempo en todos los mares; como no era armador me negaron los puertos.

Entre todos los franceses yo fui el único que hizo algo por la libertad de los Estados Unidos, matriz de nuestra libertad, por la cual me atreví a formular un plan de ayuda a pesar de los enojos de Inglaterra, España y aun de Francia; mas yo no estaba clasificado entre los negociantes, y aparecía como extranjero en las oficinas de los ministros. Inde irae.

Cansado de ver nuestras habitaciones alineadas rigidamente y nuestros jardines faltos de poesía, edificué una casa que todo mundo admira. Sin embargo yo no era un artista. Inde irae.

¿Quién era yo, entonces? Yo era yo mismo, tal como sigo siendo, libre entre los hierros, sereno frente a los más grandes peligros, descubierto ante las tempestades, conduciendo negocios con una mano y la guerra con la otra, perezoso como un asno y trabajando siempre; blanco de mil calumnias, pero feliz en mi interior, sin pertenecer a ninguna liga literaria, política o mística, adulator de nadie y despreciado por todos.

